

LA CÒVA DE LA DONA

-Conozco la historia, sí. Te la puedo contar si quieres. Siéntate -dijo la anciana, que tenía la clara intención de adornarla a su gusto. Pues así es la vida de las historias, aderezadas a discreción de quien las cuenta. –Ocurrió a orillas del Albir...

Era una noche sin luna. Negra y fría. El rugido del mar acompañaba el viento. En la torre bombardea los soldados limitados de vista y oído ignoraban la amenaza que desembarcaba bajo un acantilado cercano. El diablo parecía dispuesto a ayudar a quienes un día tocarían a su puerta. En el barco habían renegados de guerra, turcos y moriscos. Trece hombres con intenciones tan oscuras como la noche que los cobijaba. Acordaron reunirse de nuevo antes del alba y después se separaron. Ocho se dirigieron al interior hacia Callosa y los demás se encaminaron a Altea.

En el Corral d'Enrós vivía un matrimonio joven. La casa que ocupaban era vieja pero espaciosa y estaba bien cuidada. Pinos y rosales rodeaban la vivienda. Era un lugar apacible, un poco apartado de las demás casas.

Él se llamaba Joan. Era alto, fuerte como un toro y muy trabajador. Transportaba pescado al interior y lo vendía en los pueblos. A veces pasaba días fuera de casa con la tranquilidad de que la hermana de su esposa la hacía compañía. Pero aquella noche ella estaba sola, pues su hermana debía cuidar de su hijo que había caído enfermo. De Rosa se decían mil maravillas. Su hermosura cautivaba a muchos, era difícil que pasara desapercibida.

Rosa había dejado una vela sobre la mecedora. No habría conseguido conciliar el sueño en la absoluta oscuridad. Despertó por unos golpes en la ventana. Creyó ver la sombra de un hombre y se asustó. Se tranquilizó al comprobar que era la rama de un árbol. Debía recordar pedirle a Joan que la cortara. Las noches de viento la ponían nerviosa, ahora le costaría horrores volver a dormirse. En la soledad de la casa los crujidos se multiplicaban, el viejo edificio parecía estremecerse por el frío. La imaginación de Rosa se disparaba en noches como aquella. Ojalá su hermana estuviera allí.

De repente se dio cuenta que había alguien frente a ella. Gritó. Entonces vio que era su reflejo y sintió vergüenza. Sus mejillas estaban más coloradas que de costumbre. Tenía los labios bien definidos y de un color rosa intenso. Las cejas finas y la nariz recta. Los ojos tan oscuros como su largo cabello rizado. Era de complexión grácil y de piel clara cual cisne.

Pegó un saltó y salió de la cama, cogió una sábana del armario y cubrió el espejo. No necesitaba más sustos tontos. Volvió a acostarse, pero no terminaba de coger el sueño. Cada vez que abría los ojos creía ver a alguien por la ventana, finalmente se convenció de que solo era la rama del árbol. La vela se consumió y encendió otra. Cuando la negrura palideció supo que se acercaba el alba y se sintió más tranquila.

Escuchó un sonoro golpe. Era la puerta de la entrada. No era la primera vez que el viento conseguía abrirla. Cogió la vela y salió al pasillo, éste conectaba a la cocina y al comedor. El corazón de Rosa se aceleró al ver a un hombre cargando un saco con todo lo que tenían sobre la repisa. En el cinto llevaba una cimitarra. Se tapó la boca para no gritar, tenía intención de volver a su habitación sin ser vista pero otro hombre, que salía de la cocina con un saco lleno, la descubrió. Dio la voz avisando a su compañero mientras soltaba el botín e iba a por ella. Rosa se zafó del rufián y entró en la cocina donde se hizo con el atizador de la chimenea. Ambos la rodearon con una sonrisa que la aterró, no desenvainaron sus armas pues no la veían como una amenaza. Se sintió igual que un ratón acorralado, sin embargo un animal asustado era peligroso. El primero se llevó un impacto en las costillas que lo dejó sin aliento, el segundo intentó cogerla y se recibió un golpe en la cabeza que lo dejó atolondrado. Podrían haberla prendido con facilidad, pero la ventaja de Rosa fue que la subestimaron por ser una mujer. Salió de la casa como un rayo y de las brasas saltó al fuego. Afuera había cinco hombres más y éstos, que vieron lo ocurrido, la estaban esperando. Le arrebataron el atizador y la ataron. Ella gritó y suplicó que la soltaran. El que parecía ser el líder le contestó:

-¿No lo ves? Buscamos cosas de valor y en éste agujero tú eres lo único que he visto que merece la pena. El Capitán se pondrá contento cuando te vea.

Rosa se negaba a caminar y aunque el miedo hacía temblar su voz, la ira dominaba su corazón.

-¡Pues tendréis que arrastrarme!

La amordazaron para que no pidiera auxilio. Luego ayudaron a los otros dos y entre los siete cargaron con ella, pues no querían que su preciado botín se estropeará de ninguna manera.

El Capitán era un hombre rudo de tez tostada, con cicatrices en los brazos. Cuando vio a Rosa quedó impresionado por su belleza. Una vez subidos al barco, hizo que la soltaran.

-Ponte cómoda. Disfruta del viaje. Hasta Argelia queda un buen trecho. ¡Oh, pero mírate! Con tu belleza haces palidecer los diamantes, mi Rey estará encantado de acogerte. Seguro que serás su preferida. Sin embargo yo prefiero la generosa suma que me dará por traerle semejante tesoro.

El corazón de Rosa se desgarró mientras se alejaban de la costa. El mar embravecido sacudía el barco con violencia. Con el secuestro habían salido más tarde de lo previsto y la luz reveló su posición. Desde de la torre bombardera los divisaron y dieron la voz de alarma. Barcos cristianos salieron tras ellos, Rosa albergaba esperanzas de ser rescatada, pero se esfumaron cuando los hombres izaron las velas y el viento los empujó ayudándolos en su huida. La costa se convirtió en una sombra y los barcos aliados se perdieron de vista.



Rosa se abrazó desconsolada. Lágrimas corrían por sus mejillas, aterrada por el futuro. Vendida como si fuera mera mercancía, igual que hacía su marido con el pescado. ¡Ay, Joan! Que de haber estado con ella la historia sería otra. Lo había visto pelear y vencer a diez hombres. Sabía defenderse pues era un miliciano diestro con la espada.

Nubes negras encapotaron el cielo, un trueno lejano fue precedido por un rayo. La suerte de los rufianes tocaba a su fin. El viento cambió. Replegaron las velas, aun así era difícil mantener el control del barco, que de pronto se veía empujado hacia la costa. El Capitán ladraba órdenes a destajo, los hombres iban de un lado a otro intentando cumplir cada tarea con la mayor presteza posible.

Rosa recordó que los barcos de éste tamaño solían tener un bote más pequeño. No tardó en descubrir donde debía estar. De alguna manera el bote se había soltado, vio como asomaba entre las olas. Su única esperanza se alejaba y tomó una decisión arriesgada. Aprovechando el caos de la cubierta, saltó al agua.

Nadó hacia su objetivo temiendo que alguno de sus secuestradores la persiguiera, pero al parecer no se percataron de su huida. A duras penas se subió al bote quedó ahí tendida, temblado y escupiendo el agua que había tragado. Quería llorar pero no le quedaban lágrimas. Hacía un frío que cortaba el aliento. Tenía el cuerpo entumecido y su corazón latía con tanta fuerza que le dolía el pecho. Seguía viva.

En el bote no había remos, pero estaba abatida por el cansancio y sumado a la falta de sueño, tampoco hubiera podido hacer tal ejercicio. Dejó que la corriente la arrastrase. Rezó para volver a casa, se preguntó si volvería a ver su marido. Entonces su mente, el mayor enemigo en momentos desesperados, comenzó a hilar una historia terrible. Como el mar la arrastraría a costas enemigas, donde le esperaba un destino impensable. Sin embargo, estas ideas se convirtieron en pesadillas, pues finalmente se durmió.

Despertó por la luz. Aunque hacía frío, el sol brillaba en lo alto, los nubarrones asomaban en el horizonte sobre el mediterráneo. Rosa observó a su alrededor, reconoció la Sierra del Albir, aunque estaba lejos de su casa. Se encontraba débil, notó que tenía fiebre. Aun así sonrió. La alegría le duró poco, se dio cuenta que si no desviaba el rumbo, pronto chocaría contra las rocas de un acantilado. Ocurrió lo inevitable. Rosa no supo cómo consiguió sobrevivir al accidente, aunque el bote quedó destrozado. Se hallaba en una cueva, por las marcas del agua sobre las rocas, supo hasta donde subiría la marea y buscó a un lugar seguro. Encontró una pequeña planicie y para su sorpresa, sobre una roca plana alguien había dejado víveres. ¡Un alijo de pescadores! Muchos de ellos dejaban dichas raciones en lugares estratégicos por si estaban en alta mar y les hacía falta. Así evitaban volver a la costa.

Las raciones eran escasas, de pescado seco, agua y un poco de moscatel. Comió y bebió pero guardando para después, pues los pescadores solo vendrían cuando les hicieran falta los víveres y eso podían ser horas o días. Usó los restos del bote para improvisar un lecho y evitar dormir sobre las rocas. Durante cuatro noches Rosa vivió en la cueva. Viendo como el sol se ponía y se alejaba. Los cangrejos mordían su vestido. Peces de colores vivos nadaban en el hueco que formaba la cueva, de haber tenido fuerzas podría haber intentado coger alguno, pero la fiebre la debilitó hasta el punto del delirio. A veces creía escuchar a Joan llamándola. Una mañana, Rosa no despertó.

Cuando los pescadores llegaron a la cueva para coger sus víveres, encontraron el cuerpo de una mujer. Su tez pálida hacía que pareciera una muñeca de porcelana. Era muy bella. Los pescadores sintieron pena y curiosidad ¿Cómo había llegado hasta ahí? Uno de ellos la reconoció, además en la costa se dio la voz de que había desaparecido una mujer. En seguida ataron cabos. Era la esposa de Joan. De los cinco, dos de ellos marcharon a avisar a las autoridades.

El pescador que había reconocido a Rosa le cogió de la mano, sintiendo gran pena por su pérdida. Tenían la misma edad y se habían criado juntos. En las fiestas del pueblo ella bailaba con una gracia inigualable, sus cabellos rizados seducían y encantaban igual que sus pasos. Joan fue muy afortunado de tenerla como esposa. Sintió lástima por el joven. En la mano de Rosa depositó un beso a modo de despedida. En respuesta los dedos de ella se cerraron. La miró asombrado. ¡Respiraba! Entonces aquellos ojos, tan bellos como oscuros, le devolvieron la mirada.

-Cuando fueron a recogerlos, a pesar de estar tan débil, Rosa ya sonreía. La cubrieron en mantas y la llevaron a casa. -La anciana suspiró satisfecha por el modo en que había contado la historia. Cada vez lo hacía mejor. -Y desde entonces aquel lugar es conocido como la Còva de la Dona. Fin.

Sara Herrera